REBECA,

ó

LA HIJA DEL PLATERO:

COMEDIA EN DOS ACTOS

DEL CELEBRE SCRIBE,

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR D. JUAN DEL PERAL,

y representada por primera vez en el Teatro Principal de Sevilla, el 29 de Abril de 1845.

SEVILLA.

Imprenta de D. F. Alvarez y C.ª,
calle de los Colcheros, n.º 25.

1845.

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/rebecaolahijadel00scri

REBECA,

ó

LA HIJA DEL PLATERO:

COMEDIA EN DOS ACTOS

DEL CELEBRE SCRIBE,

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR D. JUAN DEL PERAL,

y representada por primera vez en el Teatro Principal de Sevilla, el 29 de Abril de 1845.

SEVILLA.

Imprenta de D. F. Alvarez y C.ª,
calle de los Colcheros, n.º 25.

1845.

721385

PERSONAGES.	ACTORES.
FEDERICO, *Marques de Palavicini.*	Sr. Guerra.
ASCANIO, *su amigo*	Sr. Revilla.
PIETRO, *carcelero.*	Sr. Boldum.
REBECA, *judia.*	S.ª Valero.
MARIA.	S.ª Noriega.

La escena es en la ciudad de Parma

Esta comedia es propiedad de los Sres. Alvarez
C.ª, impresores y editores de Sevilla, *los que persegu*
rán ante la ley al que la reimprima ó represente en a
gun Teatro del Reyno sin recibir para ello su autoriz
cion, segun previene la Real órden inserta en la Ga
ceta de 8 *de Mayo de* 1837 *y la de* 16 *de Abril de* 18
relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa la plata-forma de un terraplén de la ciudadela, donde los presos se pasean. El fondo del teatro, cortado en forma circular, presenta á la vista troneras, por entre las cuales se ven las cúpulas de los edificios de la ciudad. En primero y segundo término, á ambos lados puertas de prisiones, con cerrojos y candados. A la derecha un corredor que conduce á otros cuartos. A la izquierda una escalera por la que se baja á los pisos inferiores. Al lado opuesto un nicho en el cual está colocada una estátua de piedra.

ESCENA PRIMERA.

PRESOS.—ASCANIO.—*Despues* FEDERICO. (1)

(Al descorrerse el telon, varios presos se pasean un lado á otro, conversando: los demas leen, ó ran la ciudad por entre los torreones. Ascanio, juesa al ajedrez con un preso, en el rincon de una sa, y en el opuesto se ocupa en dibujar otro preso.)

anio. Jaque á la reina.... Mio es el juego.

1) *Para facilitar el trabajo á los directores de na, damos ya en la comedia la colocacion de los onages; el primero inscrito ocupa la izquierda espectador y así sucesivamente.*

Preso. No canteis aun victoria, señor Ascanio....pues os paro el jaque.... tomándoos la torre.

Ascanio. Tomadla en buen hora... y si quereis tomad tambien esta en que nos hallamos encerrados... Ya estoy harto de torres y cerrojos.... ¡Qué enfadosa es una prision!

Preso. Y eso que vos acabais de llegar.

Ascanio. Pues ya me parece un siglo. *(Viendo á Federico que acaba de salir del encierro, n.º 1. se levanta precipitadamente.)* Ah!... el jóven marques de Palavicini.

Preso. Y nuestro juego?

Ascanio. Os le doy por ganado. *(Apretando la mano á Federico.)*

Federico. Ascanio Marini!: el hijo del canciller.... el primo del ministro!.... Tambien vos preso

Ascanio. Eso os admira, cuando todo el mundo l está.... Ya se ha hecho moda y es de mal to no el ciudadano que anda libre por esas calles Cuánto celebro hállaros aqui.

Federico. Yo celebraría mas hallaros en otra par te. Hace mucho tiempo que sois de los nuestros

Ascanio. Ocho dias, pero me han tenido en otr torreon, hasta que he conseguido el singula favor de ser trasladado á este, donde se halla los presos de estado. Honor grande para m que al cabo no soy mas que un pobre estu diante.

Federico (sonriendo.) Y qué pasa, por nuestro bue ducado de Parma? pues como ya supondreis, p acá no se leen periódicos.

Ascanio. Mis noticias son frescas.... de la semar anterior. El nuevo duque, el príncipe reinant vé visiones.... *(Movimiento de Federico.)* O lo q es lo mismo, cree ver liberales y masones por t das partes.... hasta en su alcoba.... Como q aseguran que el ministro de la policía hace t das las noches una requisa oficial bajo la can de S. A.

Federico (*irónicamente.*) Un príncipe que al acostarse firma el destierro de los ciudadanos, nos dice luego que sueña que sus súbditos son dichosos..... Dichosos en sueños!

Ascanio. Por eso vuestro padre, el único hombre de estado que hemos tenido, fué condenado como liberal en el reinado anterior....

Federico. Y su hijo lo será en este.... Afortunadamente tengo poco apego á la vida.

Ascanio. Qué decís!..., A los 29 años... Siempre no habeis de estar preso.... y la vida es hermosa.

Federico. Para vos, Ascanio; no para mi que he perdido todas las ilusiones. Pensad en cuanto he pasado y en las fatales situaciones en que me he visto.

Ascanio. Pienso que vos, jóven, apuesto caballero, rico é hijo de un ministro, os veiais adulado por todo el mundo, hasta por las damas de la córte.

Federico. Sí, pero cayó mi padre en desgracia, y, como sucede siempre, todos nos abandonaron... ó nos vendieron. A mi no era estraño... pero á mi padre, al generoso marques de Palavicini, que habia sacrificado su bien estar á la felicidad de su pátria... que habia defendido hasta el último momento sus derechos y sus libertades... Pues, sí, amigo mio, el dia terrible olvidado de todos, marchó al suplicio sin que se levantase un solo brazo en su defensa.... ni una voz para compadecerle. Ah... perdonad... soy injusto... Sé que en medio de la multitud resonó un grito... «Viva Palavicini...y que fuísteis vos... Ah, mi querido Ascanio: eso no lo olvidaré nunca.

Ascanio. Bien mirado el atrevimiento tuvo algo de calaverada, pero gracias á que mi familia es conocida por sus ideas retrógradas, no pagué cara la gracia, que consideró el gobierno como la necedad de un tarambana.

Federico. Pues qué, no fué esa voz subversiva la que os tiene preso?

Ascanio. Nada de eso.

Federico. Ah.... mucho me alegro.

Ascanio. Son querellas domésticas... Para que mi hermano heredase todos los bienes de la familia, decidió esta que yo entrase fraile: pero yo decidí lo contrario...y vais á saber porqué. Porque estoy enamorado.

Federico. Un primer amor.

Ascanio. No, un segundo..... O mas propiamente hablando, un tercero, si se cuenta la condesa de Lipari, aquella coqueta que se burló de mí, la cual me curó de mi pasion: yo no comprendo esos amores desgraciados y mal correspondidos.... Yo, para querer, necesito que me quieran....mas por esta vez...

Federico, (sonriendo.) Y, quién es la dama?....Otra condesa.....duquesa quizá.....

Ascanio. Qué....no os remonteis tan alto. Es una beldad mucho mas hermosa que el oro y los brillantes de que se vé rodeada....por qué...por qué es la hija de un platero diamantista....de Isaac el judio, que vive en la plaza de la Madona.

Federico. Le conozco mucho, y tambien á su hija Rebeca, á quien he comprado joyas varias veces.

Ascanio. Tambien ella os conoce: algunas veces hemos hablado de vos....como habiamos de hablar de la lluvia ó del buen tiempo.

Federico (sonriendo) Y os habreis declarado verbalmente....

Ascanio. Verbalmente, no.

Federico. Pues cómo?

Ascanio. Es que esos judíos, amigo mio, tienen ideas muy originales...y luego, una penetracion!...Figuraos que este conoció mi amor al momento y me cerró la puerta diciéndome «que solo se entraba en su casa por el casamiento.»

Federico. Eso os hizo recobrar la razon....

Ascanio. Me hizo perder la poca que me quedaba y me atreví á hablar á mi familia del asunto. Fi

guráos como se pondría mi padre, á la idea de emparentar con judios....indignacion....negativa... y prohibicion formal de pensar siquiera en la hermosa judia.... En tan fatal trance, no me quedaba otro recurso que escribirla cartas á docenas, y en la última, le ofrecía mi nombre, mi legítima, y un matrimonio secreto, de noche, en la capilla de la Madona del Socorro.

Federico. Formalmente?

Ascanio. Mi ayo, hombre seguro y de probidad, fué quien se encargó de poner el billete en manos de Rebeca, y me trajo su respuesta: tomadla, siempre la llevo conmigo.

Federico (*leyendo.*) «Jámas daría oidos á vuestras proposiciones, sino escuchase mas que mi razon: pero, quien ama ¿no atropella por todo? hasta la noche, á las nueve.»

Ascanio (*con entusiasmo.*) Divino....amigo mio....Ah, muger celestial!...

Federico (*friamente.*) Es un billete amoroso, igual á todos: comparadle á los demas que habreis recibido de otras, y vereis.

Ascanio (*sencillamente.*) No puedo comparar, porque éste es el primero.

Federico. Entonces no me admiro, ni os pregunto si estuvísteis esacto á la cita.

Ascanio. Tres cuartos de hora antes....A las ocho y cuarto: dando largos pasos por el pórtico de la iglesia, embozado hasta los ojos....Suenan las nueve, y entonces, en lugar de Rebeca, á quien esperaba, me veo rodeado de una cuadrilla de espadachines, á quienes no esperaba; los cuales, sin hacerme el menor daño, me cojen, me meten en un coche, y me conducen á esta ciudadela. Escelente noche de novios! No parecía sino que mis parientes se vengaban de que no les habia convidado á la boda.

Federico (*sonriendo.*) Cárcel por cárcel, mas facilmente podeis salir de esta que del casamiento.

Ascanio (*animándose.*) Pero ellos no se han de salir con la suya: ya le he enviado decir á mi madre que estoy resuelto á casarme con Rebeca..... y si es necesario, con toda la tribu de.....

Federico. ¿Os chanceais?

Ascanio. Yo, tal vez: pero no mi noble familia, pues para vengarse del pobre Isaac, mi futuro suegro, le han preso como masón, y Dios sabe que tal lo pasará el cuitado. Lo que yo quisiera saber, es quien ha armado esta intriga.

Federico. Poco tiene que discurrir. Vuestro respetable ayo.

Ascanio. Podeis pensar?

Federico. Me han asegurado que es hombre capaz de todo por el dinero. (*Ruido fuera.*)

Ascanio. Ya espiró la primer hora del paseo.

Federico. Con efecto.... Aquí viene el llavero.

ESCENA SEGUNDA.

Dichos.—PIETRO.

Pietro (*que ha salido á las últimas palabras.*) Llavero, con honores de alcaide *par interim*.... ó interinamente; porque al señor Genaro se le ha subido la gota al pecho, y á mí es á quien cabe hoy la honra de encerraros.

Ascanio. Tan pronto?

Pietro. ¿Quisiérais estar un rato mas?...En ese caso (*los presos creen que vá á condescender.*) En ese caso, podeis hacerme el obsequio de entrar cada cual en su calabozo, y en cambio, yo os haré el de echar las llaves á las puertas.

Federico. Que esacto es el buen Pietro.

Pietro. Una hora de aire es lo que os concede el gobierno.

Ascanio. Bien pudieras tú doblar la dosis: el aire es cosa barata, y poco le costaría al estado, que tanto malgasta en otras.

Pietro (*asustado.*) Callaos por Dios: si os oyesen.....

Ascanio. Nada temas: puesto que estoy en la cárcel, no hay miedo de que me metan en ella.

Pietro. Vamos, señores, adentro; cada mochuelo á su olivo.

Ascanio. A Dios, mi querido Marques.

Federico. A Dios, Ascanio.

(Bajan todos por la escalera de la izquierda: Federico se queda en la escena.)

Pietro, (*cerrando la puerta del corredor.*) Ay, ahora que me acuerdo... La señorita Rebeca, que trae permiso para ver á su padre, está esperando hace una hora en el corredor.

Federico. La hija de Isaac?

Pietro. La misma.

Federico. Debias haberla hecho entrar antes, y hubieses dado un placer al pobre Ascanio.

(Pietro se dirige á abrir la puerta del corredor.)

ESCENA TERCERA.

PIETRO.—MARIA.—REBECA.—FEDERICO.

Maria. Seguidme, señorita: conozco bien estas revueltas, pues soy de la casa.

Federico. La sobrina del alcaide...

Maria. Ay, si señor: y desde que mi tio os tiene bajo su guarda, es desde cuando siento que tengo tal empleo.

Federico. Sois muy bondadosa. *(Dirigiéndose á Rebeca y saludándola.)* Venis á ver á vuestro padre?

Rebeca (*turbada.*) Sí, Monseñor.

Maria. Su padre, á quien han arrancado de su lado. *(Aparte á Federico, con misterio)* Por fortuna la cosa vá mal... Esto no puede durar. . y presto debe llevárselo todo el demonio. Se habla de bullanga... de movimiento popular...

(Pietro, que ha estado contemplándola como embobado, deja caer en este momento su manojo de llaves, y sale de su éstasis.)

Maria, (*continua sobresaltada.*) Dios mio... principia ya la jarana?

Pietro. Tranquilizaos: soy yo, que estaba mirándoos con tanta boca abierta, y ya me habia olvidado de mis presos.

Federico á Pietro. Verdad es: allá voy. *(Se dispone á marchar.)*

Rebeca, (*vivamente.*) Tan pronto? *(Se contiene de repente, y baja los ojos.)*

Federico. A Dios, señorita: y creed que sea cual quiera la suerte que me espere, vuestro padre y vos teneis en mí un verdadero amigo.

Rebeca, (*turbada siguiéndole con la vista.*) Sí.... Monseñor.

Pietro, (*cerrando la puerta de la prision n.º 1, donde acaba de entrar Federico.*) Sin duda traereis un permiso?

(Ha dejado las llaves en la cerradura, y vá á recoger un papel que le entrega Rebeca, la cual no aparta los ojos de la prision de Federico.

Pietro. Voy á que ecsaminen su autenticidad: en seguida volveré á conduciros al calabozo de vuestro padre... (*Vá á salir.*) Ay, que cabeza!... ya olvidaba mi manojo. (*Vá á sacarle de la cerradura.*)

Maria. Si no sabes lo que te haces.

Pietro á Maria. Vos teneis la culpa. Jamas debiais presentaros á mi cuando me hallo egerciendo mis funciones: vuestra vista me turba, y pierdo la razon: muchas veces abro unas puertas en lugar de cerrar otras, y no há muchos dias que le dí suelta á un preso, y en su lugar dejé encerrado al escribano.

(Oyese ruido hacia el corredor de la izquierda, y voces fuera:)

«Pietro.... Pietro.»

Pietro. Allá voy... allá voy... que prisa... No traerá tanta el nuevo huésped.

(Dirige una tierna mirada á Maria, y se vá por el corredor.)

ESCENA CUARTA.

MARIA.—REBECA.

(Rebeca inmóvil, no ha cesado de mirar á la prision de Federico.)

Maria. Qué es eso? Pareceis una figura de cera. Cuando él se ha mostrado tan afectuoso, vos no sabiais decirlemas que «sí, Monseñor...» *(Imitando su timidez.)* Sí, Monseñor.

Rebeca. Tienes razon. Tal vez me tendrá por una necia, ó lo que es peor, por una ingrata. Pero ¿qué quieres? á su vista, al escuchar su voz se turbaron mis ojos, sentí abrasarse mi cabeza y desfallecer mi corazon... Si apenas puedo sostenerme.

Maria. Caramba, y es verdad. *(Cogiéndola.)* Vaya, volved en vos, y pensad que si sospecháran.....

Rebeca. Tú sola en el mundo eres sabedora de este secreto, y eso porque le has adivinado.

Maria. No era difícil, cuando en cinco años no me he separado de vos un solo instante. En aquella época hubiera yo muerto de hambre y de miseria, si no os hubiérais dignado recoger en la tienda de vuestro padre á una pobre muchacha de vuestra edad, de la cual os habeis dignado hacer una amiga. Dos años hace que mi tio es alcaide de la ciudadela; me ha traido consigo, y en todo este tiempo no se me ha presentado aun ocasion de pagaros lo que hicísteis por mi.

Rebeca. ¿Quieres callar, María?

María. Pero me permitireis sacrificaros mi afecto, que es la única moneda de los pobres. Os quiero como á una hermana....

Rebeca. Ya lo sé.

Maria. Y como os conozco tan á fondo, al momento sospeché que no era solo el cariño filial el que os traia á la ciudadela.

Rebeca. Ah!

Maria. Vamos, confiádmelo todo, y contadme del pe á pa la historia de estos amores.

Rebeca. Aunque quisiera, no me seria fácil. Cuando quise acordar, ya no era dueña de mi corazon. Lo único que podré decirte es que un domingo, cuando los oficiales de mi padre trabajaban en la platería, se reunieron grupos en la puerta del obrador, y la gente del pueblo empezó á gritar «mueran los judios.» Un caballero que pasaba por allí, quiso apaciguar á los amotinados, y aunque herido por una piedra que salió arrojada de la multitud, acabó por hacerles entrar en razon. Mi padre hizo que nuestro defensor entrase en la tienda. Recibió los cuidados que le prodigábamos con tanto reconocimiento, que parecia ser él quien nos estaba obligado. Yo misma curé su herida.... aunque tem-

blándome la mano. Partió, sin decirnos siquiera su nombre, y así quedó todo.

María. De veras?

Rebeca. Sin saber por qué, y solo por la manera de espresarse al hablar de comercio, creí que seria el hijo de un negociante, ó un banquero, y me decia á mí misma. «Un negociante y la hija de un platero, no es cosa tan estraña, ni la primera vez que esto se ha visto.» Echaba yo mis cuentas, cuando mi padre recibió un encargo de joyas para el que entonces era primer ministro, el Marques de Palavícini. Con este motivo fuimos á su palacio. Qué suntuosas habitaciones!... Qué lujo por todas partes! Entramos, por fin, en un elegante gabinete.... Me parece verle todavia.... De repente se abre una puerta, y sale por ella el Marques.

María. Cuyo semblante era tan bondadoso....

Rebeca. No reparé en él, porque á su lado venia un jóven, á quien llamaba «su hijo.» Era él: nuestro defensor. Sentí de repente que una nube cubria mi vista, y que mis rodillas flaqueaban.... En un momento se desvanecieron mis sueños y mis ilusiones.

María. Y despues?

Rebeca. Desde aquel momento el Ministro siguió siendo nuestro parroquiano. Federico, su hijo, venia á casa frecuentemente á comprar halajas, y á mí era siempre á quien se dirijía.

María. Asi teníais el placer de verle.

Rebeca. Ya, pero me daba pena que comprase pendientes y pulseras.... Una noche estaba yo con mi padre en la ópera, y vi en un palco á una de las mas elegantes... (*picada, pero con sencillez*) y de las mas coquetas Señoras de Parma. A la condesa de Lipári. Federico estaba á su lado, contemplándola.... con demasiada atencion. Fijé la vista, y conocí que el aderezo que llevaba ella era el último que él habia compra-

do en mi casa. Esto contribuyó á que le olvidase.... (*con naturalidad.*) Y pues querias saberlo todo, de esta manera vino este amor, (*con un lijero suspiro*) y de este modo se ha marchado.

María. De que se haya marchado no estoy muy segura. Pero decidme, cuando el Marques y su hijo fueron sentenciados....

Rebeca. Oh, qué indignidad. Vendidos, abandonados por todos, hasta por esa misma condesa de Lipári.... Entonces lo olvidé todo, y sentí renacer mi amor con mayor fuerza. Era desgraciado, y podia ya amarle con pasion: si hubiera yo sido hombre, habria conspirado, (*animándose*) me hubiera puesto al frente de la revolucion....

María. Es posible.... Vos, tan tímida, tan pacífica....

Rebeca. Cuando se trata de él, nada me arredra. Por lo que respecta á mi padre, me han asegurado ayer que nada debo temer: no pueden probarle ningun delito, y pronto será puesto en libertad: y de aquí allá podré verle diariamente.

María. Qué fortuna!

Rebeca (*con tristeza.*) Sí, pero en cuanto al señor Federico, la muerte de su padre ha atraido sobre él todas las simpatías.... le consideran como el gefe del partido liberal.... y se teme que el gobierno quiera hacer con él un ejemplar terrible.

María. No se atreverán.

Rebeca. Se atreverán á todo, porque son muy cobardes.

María. Y vos?

Rebeca. Yo.... yo no le sobreviviré.

María. ¿Qué decis?

Rebeca. No te sobresaltes!.... (*con manifiesta inquietud.*) ¿No ves que estoy tranquila? Habia en nuestra caja diez mil ducados.... yo he tomado la mitad en oro y billetes; .... son de la heren

cia de mi madre y me pertenecen.

Maria. Señorita....

Rebeca (*con exaltacion.*) Por él lo aventuro todo. He pensado venir á buscarte, para que veas los medios de ganar con este dinero á cualquier carcelero que pueda ayudarnos en nuestro proyecto y facilitar la evasion á Federico. No me queda otra esperanza, y no será mi mejor amiga, mi hermana querida, la que pretenda dejarla burlada. (*Le dá un bolsillo.*)

Maria. Contad conmigo para todo. Me alegro de que se presente esta ocasion de poder pagaros: y ahora que mi tio no puede vigilar por su enfermedad, lo creo mas factible. El encargado de la custodia de los presos me ama, y.... Pero callad, que aquí llega.

ESCENA QUINTA.

Dichas.—PIETRO, (*saliendo del corredor de la izquierda.*

Pietro, (*á Rebeca.*) La órden está en regla, y podeis pasar á ver á vuestro padre. (*Señalando á la izquierda.*) Por aquel corredor.... (*Gritando.*) Eh, muchacho: conduce á esta señorita al núm. 17.

(*Vase Rebeca por la puerta de la izquierda, despues de haber estrechado la mano de Maria.*)

Maria. Por qué no la guias tú mismo?

Pietro. Y vos me lo preguntais? Por quedarme un ratito al lado vuestro. A buen seguro que me hiciérais esa pregunta si me quisiéseis. Pero eso es pensar en lo imposible.

Maria. Quién sabe?

Pietro, (*regocijado.*) Qué decís?....Ay, que esperanza....

Maria. Tú eres muy buen muchacho....y si no tuvieras un defecto....

Pietro. Cuál es?

Maria. Tener miedo de todo.

Pietro. Qué gran cosa!....Si tengo miedo de todo, tambien le tendré de disgustar á mi mugercita.

Maria, (*sonriendo.*) No hay mal que por bien no venga: y cree que si mi tio consintiera....

Pietro. Sí, pero el respetable viejo... gotoso.... y tabacoso....no consentirá nunca bajo el pretesto de que no tengo un cuarto; porque quiere que el marido de su sobrina haya hecho fortuna. Sabe Dios que por hacerlo seria capaz de arrojarme desde lo alto de la ciudadela.

Maria. De veras?

Pietro. Es decir, desde lo mas alto....precisamente....no....pero en fin, me tiraria de una altur regular.

Maria, Ven acá. Y si yo te facilitase el medio d ganar esa fortuna, y de obtener con ella m mano?....

Pietro, (*resuelto.*) Qué debo hacer? hablad.

Maria. Poca cosa: salvar á un inocente.

Pietro. Ya está hecho.

Maria. A un hombre de honor....al jóven Marque de Palavicini.

Pietro, (*aparte.*) Cielos. (*Alto y temblando.*) Silencio....si descubrieran....

Maria. Ya tiemblas, gallina?....Nadie puede sospechar. Tú tienes las llaves de todas las puertas, eres quien hace de noche la última requisa.

Pietro. Todo eso es cierto: pero tambien lo es qu en esa broma arriesgo la pelleja.

Maria. No decias hace poco que querias morir po mí?....

Pietro. Sí, es verdad....Todos los amantes quiere morir por sus amadas...pero *quieren*....nada ma

y ahí queda todo. Ademas, si él huye, tambien yo tendré que huir, porque él huyó, y huyendo mal puedo casarme.

Maria. Piensa que la recompensa de tu buena accion está aquí, (*señalando al corazon*) y aquí. (*Enseñándole el bolsillo.*) Y luego, si llega el dia en que el Marques suba al poder, ya tienes colmada nuestra fortuna. Empleos....honores....y ademas....ademas, (*con coquetería,*) mi cariño.

Pietro, (*con entusiasmo.*) Vuestro cariño....un porvenir venturoso....

Maria. Y bien....

Pietro. Ah, señorita....Mi querida Maria....

Maria, (*impaciente.*) Y bien....

Pietro, (*indeciso.*) Y bien.... (*Se oye una campana.*) (*Pietro asustado.*) Ay vírgen santísima....Tocan á rebato....Si habrán descubierto algo?

Maria. Tú estás soñando. Es la señal para el almuerzo de los presos. Allí hago yo falta. Despacha, pues no tenemos tiempo que perder. (*Váse por la derecha.*)

ESCENA SESTA.

PIETRO, (*solo.*)

No temo yo perder el tiempo, sino otra cosa. (*Señalando al pescuezo.*) Pero bien reflecsionado, lo mejor es hacerlo sin reflecsionar siquiera; porque si estas cosas se pensáran... (*Repara en el papel y el lápiz que dejó sobre la mesa el preso que dibujaba.*) Ah,... aquí hay lapiz y papel. (*Escribe temblando.*) «Un amigo á quien no conoceis»....no conoceis: el caso es no dar la cara y así no sabe él mismo quien le salva. Si se vuelven las tornas, y todo se lo lleva el demo-

nio, no podrá declarar contra mí....y si la cosa sale bien, entónces me haré presente. (*Acabando de escribir.*) «espone por vos su vida.» Dos rayas debajo de la vida. Estad preparado para esta noche á las ocho, y os vereis libre. Colocad vuestra respuesta, durante el paseo, detrás de la estátua de piedra.» (*Enrolla el papel: mete dentro el lápiz, y lo arroja por una pequeña rejita que habrá sobre la puerta núm.* 1.) Allá va tambien el lápiz para que pueda contestarme. Ay!! (*Al echar el papel, suena de nuevo la campana, y dá un grito de espanto.*) Ah....es el segundo toque....esa maldita campana me hará morir de temor. ¡Qué miedo tenemos los valientes que conspiramos! (*Ruido afuera.*) Ya me olvidaba de mis presos.,..

(*Abre la puerta del corredor, y despues la de otro lado.—Ascanio y otros presos salen á la escena. Siéntanse junto á varias mesas, y algunos criados traen tasas y pan. Maria sale por la puerta de la derecha con dos grandes cafeteras en ta mano. Cuando todos están ya sentados, se dirige Pietro temblando á abrir la puerta núm.* 1.)

ESCENA SÉPTIMA.

PIETRO.—ASCANIO.—FEDERICO.—MARIA.

(*Federico se va á colocar junto á Ascanio. Tra el sombrero puesto, y despues de acercarse á la mesa, va á dejar el sombrero en el pedestal de la estátua; y volviendo la espalda á sus compañeros, que distraidos no reparan en él, oculta detrás de la est*

tua un papel que saca del bolsillo. Pietro es el único, que colocado en el estremo opuesto, le mira con inquietud.)

Pietro, (que ha seguido con la vista todos los movimientos de Federico.) Esa es su respuesta. *(Se acerca poco á poco á la estátua de piedra, y cuando nadie le mira, coge el papel.)* Ya lo tengo.

Ascanio, (á la izquierda, á Maria que le echa café.) Gracias, encantadora Maria.

Maria. Como se conoce que son presos de estado... gentes de suposicion! Café todas las mañanas.

Ascanio. Café....Es favor que tú le haces....A todo sabe menos á eso.

Maria, (á Pietro.) Está todo dispuesto?

Pietro, (á Maria vivamente, y con visibles muestras de temor.) Si tal....pero, no me hableis por lo bajo....ni me mireis siquiera....Pueden sospechar alguna cosa.

Maria, (á media voz.) Es que hay movimiento en la ciudad....

Presos. Mas café.

Maria. Allá voy, allá voy, señores.

Pietro. Movimiento....Famosa ocasion he elegido yo para semejante diablura....Qué va á ser de mí. *(Desdoblando maquinalmente el papel, y pasando por él la vista.)* (Qué veo! *Leyendo.)* «Mi vida, tan desgraciada como es hoy, no vale tanto que por conservarla esponga yo la de un amigo. Lo agradezco y rehuso esperando la muerte que me aguarda.» Ah, eso es lo que se llama un valiente. Oh, yo bien conozco lo que son rasgos de valentía. Pobre hombre.... con gusto daria por él la vida.... *(Vivamente.)* no....no. Daría por él, cualquier cosa menos la vida. *(Dobla el papel, y le guarda. Viendo á un soldado que entra.)* Dios mio. Un soldado....*(El soldado le dá una carta.)* Una carta para un preso.

Todos. Es para mí?

Pietro. Es para el Sr. Ascanio Marini.

Ascanio, (*que se ha levantado de la mesa, y que ha corrido hácia Pietro, queriendo arrebatársela.*) La letra de mi madre.

Pietro. Eh, poco á poco. Yo debo ver primero si contiene alguna cosa contra la seguridad del estado.

Ascanio, (*encolerizado.*) ¡Violar la correspondencia de familia!

Pietro. Esa es la órden. O leerla yo primero, ó entregarla cerrada al juez competente.

Ascanio, (*de mal humor.*) Vamos, léela y despacha.

Pietro, (*lee de corrido, pero diciendo algun disparate.*) «Mi querido hijo: no vivo ni sosiego desde que estás preso. He obtenido de tu padre que te deje entrar en las guardias de S. A.»

Ascanio, (*con regocijo.*) Ah, mi adorada madre.

Pietro. «En cuanto á tu insensato deseo de matrimonio, tambien procuraría inclinar su ánimo á favor tuyo,—tanto es lo que te quiero—y visto que tu amada es jóven, bella, y virtuosa: pero su escasa fortuna y su humilde clase, son obstáculos que hacen este enlace imposible. Si me amas (*enterneciéndose poco á poco*) tanto como yo te amo....si el hijo de mis entrañas no quiere disgustar á su madre, que solo desea su felicidad no dudo renunciará á tan loco amor, haciendo por mí este sacrificio.»

Ascanio. Ah, madre mia!

Pietro, (*con lágrimas en los ojos.*) Haced por ella este sacrificio.

Ascanio, (*incomodado.*) Acabarás.

Pietro, (*vivamente.*) Allá voy. «Espero con impaciencia tu respuesta, que me traerá el que te entregue mi carta.»

Ascanio. Corró á escribirla.

Pietro. Eh....que aun hay mas. «Los negocios po

liticos van mal. Los revoltosos, animados con la indulgencia, se muestran osados por dó quiera, en términos que tu primo el primer ministro, le ha aconsejado al príncipe un último y terrible escarmiento, por lo que S. A. ha firmado esta mañana la sentencia de muerte de».... Ay, Dios eterno!

Ascanio. No sigues?

Pietro. Es la letra mala y no se entiende bien lo demas.

Federico, (que ha permanecido sentado junto á la mesa le coge la carta.) Veamos. «La sentencia de muerte del jóven marques de Palavicini, la cual será egecutada esta noche á las diez.» *(A Pietro, volviéndole la carta.)* Te equivocabas....tiene una letra hermosa la carta. *(Vuelve á sentarse, y le presenta la taza á Ascanio que se ha sentado con sumo abatimiento.)* Me quereis servir otra taza? *(Los presos indican por sus acciones lo que les afecta tal desgracia. Pietro les hace una seña para que dejen solos á los dos amigos. Todos se retiran. Maria, que salió por la puerta de la izquierda, desques que el soldado, trayendo una bandeja, ha recogido las tazas y se las lleva. Pietro se va por la puerta de la derecha: Federico y Ascanio, se quedan solos: Ascanio, en pié, teniendo aun en la mano, la carta que arruga entre los dedos, y Federico acabando de almorzar tranquilamente.*

ESCENA OCTAVA.

ASCANIO.—FEDERICO.

Ascanio, (con desesperacion.) Ah, es una infamia! Y no poder salvarle. *(Mirando á Federico.)* Me

admira vuestra tranquilidad y sangre fria. Nadie diría que sois vos la víctima designada.

Federico. Que quereis, Ascanio? Si yo estuviese como vos con el corazon henchido de ilusiones y de esperanzas....si yo amase, y sobre todo, si fuese amado....tal vez tendría algun pesar: pero despues de la muerte de mi padre....no tengo apego á la vida....no se le tengo á nada. Esto no es filosofía, sino indiferencia.

Ascanio. Por mas que digais, no comprendo....

Federico. Si yo quisiera evitar la muerte, en mi mano estaba.

Ascanio (*vivamente.*) ¿Qué decis?

Federico. Ignoro de donde me viene tan generosa oferta, pero me han propuesto esta mañana favorecer mi fuga, y he rehusado.

Ascanio. Estais en vos?

Federico. Para qué aceptarla? Cuando ya todo va á concluir, no merece la pena de volver á empezar. He rehusado una vez.... y rehusaría ciento. (*Movimiento de Ascanio.*) No insistais Ascanio: la única felicidad que deseo es, en el momento de la partida, estrechar la mano de un amigo.

Ascanio (*con calor.*) Ah.... es que no partireis solo.

Federico. Imprudente!

Ascanio. Os acompañaré, estoy decidido. Ya habeis visto en la carta que conceden á mi amada belleza y virtud.... y solo por ser pobre y de humilde orígen se oponen á mi enlace.

Federico. Fijamente? Y si yo que no tengo pariente ni deudo alguno, os dejo toda mi fortuna?

Ascanio (*abrazándole gozoso*) Ah! (*apartándose de sus brazos.*) No, es en vano. Vos podríais darme bienes, pero no podeis darle á ella título ni nobleza, y mis abuelos....

Federico (*sonriendo.*) Sabeis que sois un hombre difícil de casar? Pero otra idea me ocurre.... Oh si.... Y si yo ofreciese á la hija de Isaac mi ma

no, mi nombre y mi fortuna?

Ascanio (admirado.) ¿Qué decís?

Federico (indiferentemente.) Esta noche quedará ella viuda, y mañana, la noble Marquesa de Palavicini, heredera de un nombre ilustre, y de un millon de escudos, podrá, sin temor de herir la susceptibilidad de vuestros nobles abuelos, enlazarse con un Marini.

Ascanio. Oh, jamas: yo no puedo aceptar á precio de vuestra sangre.

Federico. Vanos escrúpulos. Debeis aceptar, no por vos sino por ella.... por Rebeca que os ama... por su padre encarcelado á causa vuestra, y el cual recobrará así la libertad.

Ascanio. Pero señor....

Federico. Solo os recomiendo el silencio. De otro modo el ridículo recaerá sobre mí, que me caso con la que os ama.... aunque por pocas horas... Y cuando se va á morir á la faz del mundo, es preciso representar con dignidad el papel.

Ascanio. No puedo oiros sin estremecerme.

Federico. Id á prepararlo todo, y pensad que siempre debe respetarse la última voluntad de un amigo.

(Vase Ascanio conmovido, por la derecha, mientras que Rebeca y María salen por la izquierda.)

ESCENA NOVENA.

MARIA.—REBECA.—FEDERICO.

Rebeca (hablando con María.) Se salvará.... Me lo prometes?

María. Pietro se ha encargado de todo.

Rebeca. Es lo único que le pido al cielo. Calla,

que él está aquí. (*Conmovida.*)

Federico. Señorita, tengo que hablaros.

Rebeca (*bajando los ojos.*) A mi?

Federico. Sí, y de un negocio importante, que tal vez os haga muy desgraciada. Pero confio en que la desgracia no será muy duradera.

Rebeca. Yo me resignaré á ella gustosa, si no afecta á las personas que amo.... si no participa de ella mi padre.

Federico. Nada de eso: es el medio de devolverle su libertad.

Rebeca. Hablad, Señor, hablad. ¿Qué debo hacer?. Tengo suficiente valor, y á cuantos sacrificios me sean impuestos me someto anticipadamente.

Federico. Bien está: pero aunque mi proposicion deba sorprenderos, prometedme no preguntarme los motivos. Hoy no debeis saberlos.... mañana tal vez.... mas creed que razones poderosas me obligan á haceros, olvidando todo miramiento, una proposicion semejante.

Rebeca. Me alarmais, Señor, ¿de qué se trata?

Federico. ¿Quereis casaros conmigo?

Rebeca dá un grito y cae, medio desmayada en los brazos de María. Ah!

María. Señorita, volved en vos.

Federico (*aparte mirándola.*) Ya estaba yo seguro!.. Tiene razon Ascanio; le ama con pasion, y la idea de otro enlace....

Rebeca. Vos.... Monseñor.... El Marques de Palavicini.... eso no es posible.... conmigo, una muger del pueblo....

Federico. Nada me importa.

Rebeca. La hija de un artesano.... y mas aun.... la hija de un judio.... Pensad, Monseñor, que Isaac mi padre, es judio.

Federico (*aparte mirándola siempre.*) Ah.... Si Ascanio la oyese, qué contento se pondría. La infeliz hace cuanto puede por escusarse. (*Alto, con bondad.*) Todo lo sé, hija mia, y sin embargo

es formal mi propuesta. Si quereis casaros, ha de ser al instante.

Rebeca. Al instante?

Federico. Si tal.

Rebeca (aparte.) Será un sueño? (*alto.*) Conmigo?

Federico. A menos que algun obstáculo invencible de vuestra parte....

Rebeca (vivamente) Ah, no Señor, ninguno absolutamente. Mi padre es lo primero, y pues se trata de salvarle....

Federico (tomándola la mano.) Así me agrada, hija mia. Tan generoso sentimiento es digno de recompensa. A Dios. Los presos tienen una hora despues del desayuno para comunicar entre sí; voy á aprovechar estos momentos en hablar á vuestro padre.

ESCENA DÉCIMA.

MARIA.—REBECA.

ebeca. Dios mio! Apenas puedo creer mi felicidad. Tu mano, María, dame tu mano. Es cierto que estoy despierta, es cierto que es él quien acaba de hablarme?

aria. Sí, Señorita: él mismo, y vos estábais ahí como embobada: si yo me hubiera hallado en lugar vuestro, le doy veinte abrazos, y....

beca. Qué estás diciendo?

aria. Y no vos, que os quedásteis mas parada y mas fria que esa estátua. Caramba...un marido tan bueno, ahora que tanto escasean!

beca. Si yo no pensaba en nada. El corazon me latía con una violencia.... Pero tranquilízate, cuando no he muerto de alegría en el primer momento, ya no hay riesgo ninguno. Comprendes todo el esceso de mi ventura? Cuando era

rico y poderoso, nos separaba una barrera insuperable,... pero ahora que se vé preso, abandonado, me es lícito ser su compañera, y mostrarle todo el afecto que el corazon le profesa: mi apasionado cariño.... mís cuidados.... este es el único dote que puede llevarle la infeliz judía. Y cuando huya esta noche, yo podré acompañarle.... pues será mi esposo. Ya no me asustan sus peligros, porque los correrémos juntos.

María (imitándola.) Los correrémos juntos.... Vaya si sois dichosa.... hallar novio, y casarse el mismo dia, cuando hay tantas que llevan calabazas al cabo de años.

ESCENA UNDÉCIMA.

Dichos.—PIETRO *saliendo del corredor.*

Pietro. Señorita, vuestro padre os llama.

Rebeca (temblando.) Ah!

Pietro. Está con el jóven Marques, y demuestra impaciencia; id pronto,

María (sonriendo.) Qué tal? (*Rebeca, desfalleciendo se apoya en María.)* Otra vez.... Por vida de.. Estas muchachas tan cobardes merecian no hallar nunca novio. No habeis oido, que os llaman?

Rebeca. Allá voy; á Dios, María.

(*María conduce á Rebeca hasta el corredor, y vuelve al proscenio.*)

María. Qué felicidad!

Pietro. Qué contenta estais!

María, Y tú qué triste. Vaya una cara de cuaresma!

Pietro. Motivo hay para ello: como que el pobre Marques me ha pedido que le envie al cape

llan de la ciudadela.... (*María se rie á carcajadas,*) Eso os hace reir?

María. Pues no!... Como que le pide para que le case.

Pietro. No, sino para que le auxilie en sus últimos instantes. Le han leido su sentencia, y esta noche á las diez....

María. A esa hora ya se habrá fugado. ¿No es cierto?

Pietro. Si no quiere huir.... Ha rehusado mi oferta.

María. (*sobresaltada.*) Cielos! (*Ruido, voces, y tambor á lo lejos.*) Pero qué oigo!

ESCENA DUODÉCIMA.

Dichos.—ASCANIO, *saliendo vivamente.*

Ascanio. No ois ese ruido?

Pietro (*escuchando.*) El tambor toca generala.

Ascanio. Y desde lo alto de la torre se vé correr la gente en todas direcciones.

María (*que ha ido á observar.*) La tropa está sobre las armas.... Las calles llenas de cañones... Sin duda es algun motin. (*El ruido se aumenta*)

Ascanio. Se forman grupos numerosos al rededor de la ciudadela.

María (*á Pietro.*) Corre á informarte de todo.

Pietro. Y si acaso alguna bala perdida....

María (*empujándole.*) Corre, que eso es lo de menos.—Ya lo andaban anunciando, y sin duda han adelantado la hora.

(*Vase Pietro por la puerta de la derecha.*)

ESCENA DECIMATERCIA.

FEDERICO *saliendo del corredor á las últimas palabras.*—ASCANIO y MARIA.

Federico. Es probable que la hayan adelantado. (*A Ascanio por lo bajo.*) Ya veis como hice bien en apresurarme.

(*El ruido es menor por intérvalos.*)

Ascanio. Como, Marques....

Federico. Un *sí* pronunciado por ambos, y el casamiento ha quedado hecho en regla; siendo todos mis títulos y honores esta misma noche, para la Marquesa viuda de Palavicini.

Ascanio, (desesperado.) Ah! por piedad.

Federico, (apretándole la mano.) Silencio.

Maria, (enternecida.) Señor Marques.

Federico, (volviéndose hácia Maria que ha pasado al lado opuesto.) Toma, Maria: guarda esta sortija como recuerdo mio, y llévala puesta el dia de tu boda. (*A Ascanio, mientras que Maria, despues de tomar la sortija, se retira llorando á sentarse á un lado.*) A vos, amigo mio, os dejo una esposa que os ama....La pedireis perdon en mi nombre de la pena que le he causado, y de los disgustos que esperaba en este matrimonio.... Gracias al cielo, no será muy duradero. Que es eso, Maria; estás llorando....y tambien vos, Ascanio.... Vamos, amigos mios, valor, y felicitadme mas bien. Voy á reunirme á mi padre, que me tiende sus brazos allá arriba.—Voy á la mansion de los justos, á gozar la dicha y la libertad que no he podido encontrar en la tierra.

Maria, (escuchando.) El ruido aumenta.

ESCENA DECIMACUARTA.

Dichos.—PIETRO, (*sale jadeando.*)

Ascanio. Qué significa eso?

Maria, (*precipitada.*) Habla....Que quiere decir....

Pietro, (*tomando aliento.*) Quiere decir que desde por la mañana han empezado á notarse síntomas de alarma.., Ahora todo el mundo corre por las calles....todos se abrazan y se felicitan.

Todos. Pero qué hay?

Pietro. Eso es lo mismo que yo le he preguntado á un viejecito con peluca rubia y frac negro, á quien he detenido en la calle, cogiéndole por el faldon: Qué hay....buen hombre? «Que ha de haber, me ha respondido muy gozoso.... Que el príncipe jóven ha concluido por donde debió empezar el príncipe viejo, y viendo que el despotismo y la tiranía aumentaban el número de descontentos, quiere ensayar un sistema de clemencia y de libertad.»

Todos. Será posible!

(*Esta escena se ha de egecutar muy viva.*)

Pietro. Todo ha cambiado, continuó. Hoy se ponen las riendas del gobierno en manos de los que ayer estaban proscritos, y el marques de Palavicini va á ser nombrado primer ministro.

Todos dan un grito de alegría.) Ah!

Pietro y Maria. Se ha salvado.

Ascanio, (*abrazándolo.*) Amigo mio.... Mi querido hermano. (*Apartándose de sus brazos.*) Ah, Dios mio! (*Arrastrándole hácia el proscenio, mientras que Pietro y Maria salen al encuentro de los*

presos que llegan precipitados.) Y mi muger, qué es ahora la vuestra?

Federico (*aterrorizado.*) Cielos....es cierto.

Ascanio, (*desesperado.*) Qué desgraciado soy!

Federico, (*lo mismo.*) Y yo, que por hacer vuestra felicidad, labro vuestra desgracia. Mas ya conocereis que no puedo dejarlo así.

Ascanio. Qué pretendeis hacer?

Federico. Pedir mañana mismo la ruptura de este enlace.

Ascanio. Respiro. Pero, y hasta obtenerla?

Federico. Rebeca no será para mí mas que la muger de un amigo.

Pietro, (*designando á un oficial que ha salido.*) Un oficial os trae un pliego. (*A los prisioneros*) Todos dicen que va á subir al poder. Sin duda ese es su nombramiento. Qué honor el mio!....Carcelero de ministros!....Haber encerrado á quién manda encerrar á los otros!....

Federico, (*despues de leer el pliego que le entregó el oficial.*) Ya os sigo. (*Voces fuera.*)

(*Maria que mira desde lo alto de la torre.*) Todo el pueblo, con banderas, le espera á la puerta para llevarle en triunfo.

Federico, (*aparte.*) Este es el mundo. La pena y la felicidad, siempre caminan juntas....Necio quien se fie de la una ni tema á la otra. A (*Ascanio.*) Esta tarde sereis puesto en libertad, lo mismo que mi suegro. (*A Maria.*) Decidle que vaya con su hija á mi casa. Yo voy al palacio de S. A.

Maria. Y se va sin su esposa. Muy buen marido cuando le iban á ahorcar, y ahora....Ah, hombres....hombres....marqueses y plebeyos....todos son unos.

(*Vase Federico por la puerta de la derecha. Oyense vivas y música militar. Ascanio, Maria, Pietro, y los presos saludan á Federico, que les contesta con afabilidad, alejándose por medio de ellos.*)

ACTO SEGUNDO.

(*Gabinete elegante en el palacio del Marques con puerta en el foro, y dos laterales. A la izquierda un velador, y á la derecha una mesa.*)

ESCENA PRIMERA.

EBECA, (*sola sentada en un lujoso sillon. Dos bu-as, á medio consumir, están colocadas sobre una mesa á la derecha.*)

uya.... suya para siempre. Y desde ayer en su mis-ma casa.... en este gabinete. Al momento le re-conocí. Sí, es el mismo donde entrè por prime-ra vez cuando vine con mi padre á traer las halajas, hace un año. Entonces no me atrevia á dar un paso por estas magníficas alfombras..... ni á alzar los ojos para mirar á Federico.... y hoy soy la dueña de todo esto... y el es mi esposo! (*muy gozosa*) Apenas puedo creer mi fe-licidad. Ayer, cuando pasaba por delante de los lacayos, todos se inclinaban ante mí, llamándo-me «señora Marquesa....» era tan feliz, que sin duda me han creido orgullosa.... Oh, pero se

equivocaban. Mi dicha consistia (*con alegría y á media voz*) en que «señora Marquesa» era lo mismo que decir «su esposa.» Desde entonces apenas he visto á mi marido.... Mi marido.... Cómo me gusta esta palabra; estuvo en el palacio del Príncipe muchas horas y luego solo vino á decirme que la mayor parte de la noche la pasaría en el consejo. Qué desgraciados son los ministros: ni siquiera pueden dormir cuando tienen sueño. Tambien yo le tengo.... siento que á pesar mio se cierran mis párpados; Es ya tan tarde! (*Medio dormida.*) Su esposa.... Federico... Mi querido Federico.

ESCENA SEGUNDA.

(*Despues de una pausa sale* FEDERICO *por la puerta de la izquierda.*—REBECA *dormida.*

Federico. Ninguna noche me ha parecido tan pesada. Son tantos los acontecimientos que me han pasado desde ayer, que mi pobre cabeza....(*Viendo á Rebeca.*) Ah.... aquí está Rebeca.—No se ha retirado á su alcoba.

Rebeca, (*soñando.*) Te amo.

Federico (*escuchando.*) Está soñando.

Rebeca, (*lo mismo.*) Te amo.... y te amaré siempre,

Federico. Sueña con Ascanio. (*Mirándola enternecido.*) Pobre niña. Ya he presentado mi demanda de divorcio al Cardenal legado, como presidente que es del capítulo Soberano. Me aseguró que el écsito no es dudoso, pues siendo enlace entre un católico y una judía, al punto quedará roto. Así, si no puedo hacer que Ascanio se case con mi viuda, al menos se la entregaré libre y pura....Lo he jurado.

Rebeca (durmiendo.) Federico.
Federico. Mí nombre!
Rebeca (lo mismo.) Federico.... suya.... siempre suya.
Federico (vivamente.) Siempre.... oh, no.... no. Será por poco tiempo: esta idea la atormenta hasta en sueños.... es preciso que se tranquilize. Voy á descubrírselo todo. (*Se acerca al sillon*) Qué sueño tan tranquilo! Despertarla para unas esplicaciones que no son para mí fáciles ni agradables.... Mejor es que Ascanio sea quien se encargue.... Lo qué quiero es que encuentre allí la felicidad (*señalando á la mesa*) cuando se despierte. Voy á escribirla la verdad. Que no la amo, ni la he amado nunca, y que dentro de pocas horas estarán nuestros lazos rotos para siempre.

(*Siéntase á escribir á la mesa de la derecha.*)

ebeca (á la izquierda.) Federico. (*Despiértase y mira al rededor.*) Ah, él es.
derico (escribiendo.) Despierta.... (*La mira.*) No importa: acabemos.
beca (se acerca á él.) ¿Hace mucho que habeis vuelto?
derico (escribiendo.) Pocos instantes.... y os traigo nuevas que os darán placer.
beca. Si os le han dado á vos, sin duda.
derico. A mí? (*Cesando de escribir un momento y mirándola, ap.*) Qué linda es.... No estraño la locura de Ascanio. Jamas habia yo fijado la atencion en esta muchacha. Qué bien le cae el vestido de señora! y sus modales son nobles y distinguidos. Más parece la hija de cualquiera de nuestros títulos, que la de un artesano.
eca (admirada.) Qué miradas me echais!....
erico (sonriendo.) No puede miraros vuestro marido?
eca. Oh, sí.

Federico (*ap.*) Sobre todo, cuando ha de serlo por tan poco tiempo. (*Alto.*) Quería deciros que me he ocupado del caballero Ascanio Marini, y anoche fué puesto en libertad.

Rebeca (*con naturalidad.*) Me alegro mucho.

Federico (*mirándola con malicia.*) Me lo decís con una frialdad.... Sin embargo, me habian asegurado que os queria un poco.

Rebeca (*con sencillez.*) Oh, mucho: y venia frecuentemente á la tienda de mi padre.

Federico. Siendo tan amable, sin duda os agradaria.

Rebeca. Eso no.

Federico (*con incredulidad.*) De veras?

Rebeca (*tranquila.*) Jamás.

Federico (*ap.*) Bien mirado, no está obligada á confesármelo. (*Alto*) Yo conocía sus gustos y sus ideas y he hecho acoger favorablemente la solicitud de una charretera que quiere: he podido servirle, porque, á pesar de rehusarlo por mi juventud é inesperiencia, me he visto obligado á aceptar la plaza de primer ministro: sin duda apareceré á vuestra vista muy débil ó muy ambicioso.

Rebeca. No, en verdad. El poder solo presenta ahora escollos y peligros, y aceptarlo demuestra honradez y valentía.

Federico (*satisfecho.*) Lo creeis así?

Rebeca. Y siempre podeis hacer dimision cuando cese el riesgro.

Federico (*tomándola la mano.*) Eso es lo que he pensado. (*ap.*) Ascanio lleva una muger juiciosa y despejada. Pocas se hallan así, aun entre las mas alta aristocracia. (*Alto á Rebeca.*) Entonces no comprenderéis que haya quien se afane por títulos y honores.

Rebeca. Algunos necesitan los honores para valer algo, pero vos valeis mas que los honores. (*Bajando los ojos.*) Esta es la opinion general.

Federico. Y vos la hallais justa?

Rebeca. Sería estraño que vuestra muger no creyese lo que todo el mundo.

Federico. Pues yo creo que los títulos y honores vos los mereceis mejor que nadie.

Rebeca. Ay Señor, cuanto menos figure yo en el mundo, mas me creeré en mi lugar. Un marido pobre debia ser mi destino, pero *(sonriendo)* tal cual me ha cabido en suerte, me resigno.

Federico. Os resignais á consagrarme vuestra vida?

Rebeca. Hace tiempo que os la habia consagrado. Me juzgais acaso una ingrata? Cómo no recordar el dia que nos defendísteis del pueblo? No me habeis ahora devuelto á mi padre? Vos podeis olvidar los beneficios que nos habeis hecho? pero yo conservo aquí *(señalando el corazon)* el recuerdo de haberlos recibido.

ederico (ap. exaltado.) Solo le faltaba un corazon agradecido! Esta chica es una alhaja. Qué dichoso es Ascanio! Si yo tuviera que elegir muger quisiera otra como ella.

ebeca (acercándose.) En qué pensais?

ederico. Pienso que escuchándoos me olvidaba ya de una carta que habia empezado. Al comenzarla juzgué cosa fácil escribirla: pero ahora ya no me parece tanto acabarla.

beca. Os chanceais? Hay nada difícil para vos?

derico (lentamente y mirándola.) Esto lo es, y me veo obligado á hacerlo, pues mi palabra está empeñada.

beca. En ese caso, un caballero no puede faltar á ella. *(Con dulzura y acercándose á él.)* Si pudiera yo ayudaros....

lerico. Imposible.

eca. Ya comprendo. Será algun secreto de estado, y sin duda temeis mi curiosidad. Tranquilizaos, pues ya me retiro.

erico (deteniéndola.) No os vayais, os lo suplico. No me priveis de vuestra presencia... á menos que no temais fastidiaros.

Rebeca. Si yo no me fastidio nunca.

Federico (*ap.*) Otra buena cualidad.... Esta muger es un dechado de perfecciones.

Rebeca. En aquel cuarto (*á la izquierda*) he visto una rueca.

Federico (*sonriendo.*) Es la de mi madre, que la conservo por memoria.

Rebeca. Un mueble de familia... tanto mejor.

Federico (*ap. mirándola.*) Es particular... no parece que siente su desgracia.... Vamos, es que, como dijo antes, se resigna con su suerte. (*Suspirando.*) Ay!... Acabemos la carta.

(*Se pone á escribir: durante este tiempo Rebeca ha ido á buscar la rueca, y vuelve, sentándose á trabajar al lado de Federico.*)

(*Federico, levantando la vista y con la pluma en la mano, mira en silencio á Rebeca, y dice despues de una pausa.*)

Vaya una noche de novios! (*Vuelve á escribir.*)

Rebeca (*hilando.*) He oido que vuestra madre era un modelo de virtud.... ¿qué mejor modo de honrar su memoria que contribuyendo á la felicidad de su hijo? (*Federico cesa de escribir y la contempla embobado.*) (*Rebeca continúa.*) Para vos la gloria.... para vuestra esposa las tareas domésticas.... mi marido pertenece al estado, mas yo pertenezco á mi marido.

Federico (*que se ha levantado ap.*) Tan inocente.. tan bella.... Ah, es imposible conocerla á fondo y no amarla. (*Alto.*) Rebeca.... (*conteniéndose ap.*) Pero qué iba á hacer? ¿y la palabra de honor empeñada á Ascanio? Ah! Huyamos de ella, si su vista me ha de hacer faltar á mis deberes. (*Vase precipitadamente.*)

ESCENA TERCERA.

REBECA (*sola.*)

Qué es eso? Se vá sin decirme una palabra... No importa: me ama, estoy segura de ello.... algo tenia que decirme; pero sin duda no se ha atrevido.... lo mismo me pasa á mi.... Tampoco me atrevo á decirle cara á cara que le quiero, y sin embargo le adoro con toda mi alma. ¿Mas por qué se habrá marchado tan bruscamente?.... Sin acabar siquiera ese trabajo que me decía era tan importante. (*Acercándose á la mesa.*) Si no fuera indiscrecion.... (*Conteniéndose.*) Oh, no: sería muy mal hecho: le he dicho que no soy curiosa, y no lo soy con efecto. (*Se acerca á la mesa para dejar la rueca, y vuelve la cabeza para no ver lo escrito.*) Alguien llega....Ay Dios mio, si ya es de dia y entra el sol por las ventanas.

ESCENA CUARTA.

REBECA.—*Un lacayo con librea elegante.*

(*El lacayo se acerca á la mesa donde arden las jias: las apaga, y al volverse repara en Rebeca.*

cayo, (*admirado aparte.*) La señora Marquesa. Tan temprano levantada! (*Alto.*) Vengo á recibir vuestras órdenes.

beca. No tengo ninguna que daros. Id á tomarlas de mi esposo.

Lacayo. Una jóven se ha presentado, preguntando por la señora marquesa. Yo la he dicho que tan temprano no la recibiriais.

Rebeca. Cómo se llama?

Lacayo. Maria, la muger del carcelero.

Rebeca. Maria... Ah, que entre corriendo. *(El lacayo se dirige á hacer seña á Maria. Rebeca corre á su encuentro.* Eres tu, mi querida amiga?

Maria. Sí, señora Marquesa.

Rebeca. Qué lenguage es ese?... Llámame mas bien tu hermana. *(Al lacayo, sin emplear tono imperioso.)* Dejádnos solas.

Maria. Sí, nos hareis un obsequio en marcharos.

(El lacayo se inclina respetuosamente.)

ESCENA QUINTA.

MARIA.—REBECA.

Rebeca. Con que te has casado?

Maria. Ayer mismo. No hemos perdido el tiempo. Pietro me queria.... Yo no le miraba con malos ojos: mi tio decía que era un pícaro, cuando no tenia dinero, pero tan luego como vió los ducados que, gracias á vos, poseía Pietro, varió de opinion, y la boda se hizo en el acto: estas cosas van por la posta aquí en Itália. Pero apesar de ser noche de boda, no he olvidado la promesa que os hice de venir así que amaneciera. Vamos, decidme todo lo que os ha pasado desde que nos separamos.

Rebeca. Que podré decirte, sinó que soy muy dichosa.

Maria. Y yo tambien. No es de estrañar: ya veis el primer dia, todos los casados lo son.

Rebeca. Llegué aquí con mi padre.

Maria. Eso ya lo sé.

Rebeca. Me han hecho un recibimiento como á una Princesa, y me designaron mi alcoba. Si vieras que bonita! La tapicería es toda de azul y oro. Tiene su balcon de mármol con vistas á un delicioso jardin, medianero á los del palacio de Ascanio Marini.... porque, somos vecinos.

Maria. Y despues?

Rebeca. Nos sirvieron una cena magnífica á mi padre y á mí: mi padre se retiró asi que anunciaron al Marques. Venia vestido de gran uniforme! Qué bien le esta! Me dijo con una voz llena de dulzura: «Perdonad, hija mia: asuntos de estado me retendrán lejos de vos una gran parte de la noche. Se fué, y no volvió hasta cerca del amanecer. Tenia un trabajo muy importante que concluir: se sentó junto á esa mesa, y yo, para no separarme de su lado, me puse á hilar.

Maria. (*estupefacta.*) Bah!

Rebeca. Pero en lugar de escribir empezó á mirarme..

Maria. (*satisfecha.*) Vamos.

Rebeca. Y á decirme las cosas mas lisongeras... con un aire tan apasionado....

Maria, (*contenta.*) Vaya... y despues?

Rebeca. Despues... despues... se puso á hablar solo, y de repente se marchó por aquella puerta.

Maria. Vaya un modo original de amar que tienen los Ministros.

Rebeca. Y tu, Maria, nada tienes que decirme?

Maria. Yo... si señora. A mi no me han hecho recibimiento de Princesa... ni me han entrado en alcobas vestidas de seda y oro: ni Pietro se me ha presentado de gran uniforme... pero en cambio mi Pietro no deja á su muger por los negocios de estado.

Rebeca. Ya se vé, él no tiene trabajos importantes, como mi marido... no tiene que escribir informes... (*señalando á la mesa.*)

(Maria, que está junto á la mesa, coge el papel y lo recorre con la vista.) Un informe. Ah, Dios mio!

Rebeca. *(desde lejos.)* No le leas. Es un secreto de estado... y sin duda muy terrible, porque has perdido el color... Bien hice yo en no ser curiosa.

Maria. Sin duda. *(Ap.)* Pobrecilla! si lo lee la cuesta la vida.

Rebeca. Pero ya que el daño está hecho, dime su contenido? *(Rebeca sube hacia el foro para cerciorarse de que nadie las oye: aprovechando estos instantes, María pasa á la izquierda, rompiendo el papel, y metiéndose los pedazos en el bolsillo.)*

Maria. Su contenido... *(Ap.)* Tratar de romper el casamiento pretestando que ella ama á Ascanio.

Rebeca. Vamos, que dices?

Maria. Digo... Digo... que los hombres ven visiones: y que si hay otra muger de la cual me atreveria yo á responder como de mí misma... á poner por ella las manos en el fuego...

(En este momento se entreabre la puerta de la derecha, y se vé á Ascanio que asoma la cabeza. Rebeca vuelta de espaldas, no le vé, pero sí Maria, que está frente á la puerta, y dá un grito de espanto.)

Ah!

Al grito de María, retrocede Ascanio, y vuelve la cabeza.

Rebeca. Qué te ha dado?

Maria, (llevando la mano á los ojos, ap.) Jesus, Maria, y José. Si no lo hubiera visto por mis propios ojos...

ESCENA SESTA.

REBECA.—MARIA.—FEDERICO, *saliendo por la puerta de la izquierda.*

Federico. Qué grito ha sido ese?.... Qué ocurre?.... Sois vos, Rebeca?....

Rebeca. No señor... tranquilizáos... nada tengo. Ha sido Maria... á quien os presento como muger de Pietro el carcelero.

Federico. *(impaciente.)* Y bien, Maria...

Rebeca. Asustada de no sé qué, se ha puesto á gritar sin motivo.

Maria. *(ap.)* Sin motivo... y estoy temblando como una azogada.

(Oyese en el cuarto de la derecha caer un mueble.)

Maria. *(asustada.)* Cielos!

Federico. Habeis oido?

Rebeca, *(con indiferencia.)* Sí, allí en mi alcoba ha sonado el ruido. *(A Maria.)* No es verdad?

Maria, *(temblando.)* No, no... Señorita: yo no he oido nada.

Rebeca, *(tranquila.)* Oh, si tal: el ruido de un mueble que ha caido.

Federico, *(sin fijar la atencion.)* Alguna de vuestras doncellas...

Rebeca, *(tranquila.)* Ninguna ha entrado todavia.

Maria, *(ap.)* Dios mio, que torpe!

Federico. Pronto saldremos de la duda.

Maria, *(queriendo impedir que entre.)* Y si hay algun riesgo.,. tal vez un conspirador...

Federico. No temas nada. *(Entra en el cuarto.)*

ESCENA SÉPTIMA.

MARIA.—REBECA.

Maria, (*desesperada.*) Que habeis hecho! todo se ha perdido.

Rebeca, (*inocentemente.*) Porqué?

Maria, (*ap.*) Esta muger parece tonta. (*Alto.*) Porqué, preguntais? Porque vuestro marido, que ya tenia sospechas, vá á encontrar en vuestra alcoba á Ascanio.

Rebeca. A Ascanio! Tú te has vuelto loca.

Maria. Si le he visto yo misma.

Rebeca, (*encojiéndose de hombros.*) Vamos, tu de liras.

ESCENA OCTAVA.

Dichas, FEDERICO *saliendo de la alcoba,* (*ap.*)

Imprudente!

Rebeca. (*corriendo hacia él.*) De qué provenia e ruido?

Federico. (*friamente.*) De nada... Nos equivocamos todo lo he registrado y no he hallado á nadie

Maria. (*admirada, ap.*) A nadie!

Rebeca. (*á Maria.*) Vés si decia yo bien!

Maria. (*á Rebeca.*) No os fieis: está celoso de Ascanio... Lo sé de buena tinta.

Rebeca. Si eso es cierto, á mi cargo corre desem gañarle: yo respondo. Ahora vete.

Maria. (*dudando.*) Si vos respondeis... eso es otr

cosa. (*Ap. al irse.*) Vamos, mas vale no pensar en ello, porque hay para perder el juicio. (*Váse.*)

Todo el final de esta escena es á la derecha del teatro, mientras Federico está sentado en un sillon á la izquierda, abismados en sus reflecsiones, Rebeca indica á Maria por una seña que se vaya por la derecha.)

ESCENA NOVENA.

EDERICO *sentado.* REBECA *volviendo pausadamente del fondo del teatro, se dirige á Federico á quien ecsamina atentamente.*

ederico, (*ap.*) Comprometerla de tal modo, por no fiarse en mi palabra. Atendiendo al honor de la que debe ser su esposa, le he obligado á volverse por donde entró, por el balcon que cae á los jardines. Ignoro la causa, mas al hallarle en la alcoba de mi muger... ó mas bien dicho, de la suya, no he podido defenderme de un movimiento de celos... ¡Qué locura!

beca. Señor Marques, tengo que hablaros.

derico. De veras?

beca. Y que reñiros.

derico. A mí?

beca. Sí; porque creo que entre marido y muger, cuando uno de los dos tiene cualquier queja, debe decírsela al otro al momento y sin rodeos.

lerico, (*friamente.*) Y porqué decis?..

beca. Yo nada digo; Maria es quien pretende que estais celoso.

lerico. Celoso!

eca, (*con ternura.*) No es cierto que se equivoca?

Federico, (*conmovido.*) Celoso... Y de quien?

Rebeca, (*mirándolo y sonriéndose.*) Lo decis de un modo que parece cierto. Celoso de Ascanio, sin duda porque os he contado que venia frecuentemente á casa de mi padre. Pero ni he pensado en él, ni...

Federico. No os tomeis la pena de justificaros. Yo os creo, y estoy persuadido que ignorais su imprudente entrada en ese cuarto.

Rebeca, (*vivamente.*) Cielos!.. Se ha atrevido... Y quien le ha autorizado?...

Federico. Pronto vais á saberlo, pues le he dicho que vaya á la Chancillería episcopal, donde el acto que aguarda, estará ya espedida á estas horas.

Rebeca. Qué quereis decir?

Federico. Que ese era el mejor medio de responder á sus injustas sospechas, (*Viendo abrirse la puerta del foro.*) El llega... y os lo esplicará todo.

ESCENA DÉCIMA.

REBECA.—ASCANIO.—FEDERICO.

Ascanio, (*que sale precipitadamente á Federico.*) Amigo mio! cómo podré pagaros!....Ahora vengo del palacio Farnesio, donde me han entregado este pliego para vos y para la señora Marquesa.

(*Presentándosele á Rebeca.*)

Rebeca (*tomándole, y mirando el lacre.*) Las llaves de S. Pedro. (*Abriendo el pliego, cuyo sobre arroja sobre el velador.*) «Segun la sentencia pronunciada hoy por el capítulo Supremo, y confirmada por el Cardenal legado»....

Ascanio, (*muy gozoso.*) Leed, leed.

(*Rebeca, varia de tono, y pronuncia lo que queda*

media voz.) «El casamiento contraido entre un católico y una judía, queda anulado y roto para siempre, segun la demanda del señor Marques de Palavicini».... Ah! (*Hace una débil esclamacion, y se apoya, medio desfallecida, en el velador despues de una pausa.*) Sois vos, señor Marques, quien lo ha solicitado?

Federico. Si señora.

Ascanio. Ah, sí: nuestro noble y generoso amigo, el cual si contrajo ayer este enlace fué para dejaros despues de su prócsima muerte un título y un nombre tan necesarios á nuestra dicha.

Rebeca, (*muy conmovida.*) Luego no fué por cariño....

Ascanio, (*vivamente á Rebeca.*) Tranquilizaos, ni pensaba en vos, ni os conocía apenas. Fiel al cumplimiento de su palabra, se ha apresurado á romper unos lazos tan penosos para ambos.

Rebeca, aparte, en el colmo de la desesperacion, se sienta junto al velador.)

Ascanio. Libre ya, dueña de vuestras acciones, nada os impide dar la mano á quien amais.

Rebeca, (*levantándose con orgullo.*) Yo no amo á nadie, y á vos, no os he amado nunca.

Ascanio y Federico. Qué oigo!

Rebeca. Ahora os preguntaré; yo, pobre mujer á quien todo el mundo abandona, y que no tiene otros bienes que su felicidad y su honor, ¿quién os autorizó á introduciros furtivamente en una alcoba que era la mia?.... con qué derecho?....

Ascanio. Con el que me dísteis no hace mucho aceptando el casamiento secreto que os propuse: si no os acordais, leed vuestra carta....

Rebeca, (*lee el papel y se le devuelve, diciéndole friamente:*) Esa letra no es mia. Podeis cerciorarse de ello.

Federico, (*admirado.*) Será posible!

Rebeca, (*con dignidad.*) En cuanto á la ruptura del matrimonio entre el cristiano y la judía, si yo hubiera sabido antes la causa de haberse hecho el enlace, yo habría sido la primera á solicitarla. Ese pliego me devuelve mi libertad, y el primer uso que quiero hacer de ella, es salir de este palacio, donde ya no tengo derecho á permanecer. Me obligareis (*á Federico*) si avisais á mi padre. (*Vase por la puerta de la izquierda.*

Ascanio. Amigo mio, perdonad un error, del que os he hecho cómplice.... A Dios Marques. Aprovechando el favor del príncipe, voy á servirle en la guerra, tratando de olvidar una pasion insensata. (*Vase por el foro.*)

ESCENA UNDÉCIMA.

FEDERICO.

No quiere á Ascanio....No ama á nadie, segun he dicho.. .No obstante, esta noche en sueños, repitió «yo te amo.» Y la emocion que manifestaba á mi lado....Vamos tambien yo voy perdiendo la cabeza...Ya soy tan presuntuoso como Ascanio que solo porque creyó...yo, hombre de razon ó que al menos por mi posicion debia tenerla (*Viendo llegar á un lacayo.*) Quién entra?

Lacayo, Un hombre solicita hablar con Monseñor.

Federico. No estoy visible para nadie.

Lacayo. Así se le ha dicho, pero me ha replicado que os diga su nombre. Pietro.

Federico. Pietro. Espera. Pietro es el marido de Maria, y Maria la amiga, y tal vez la confidente de Rebeca....Dile que entre. (*Vase el Lacayo*) (*Federico se sienta junto al velador.*) Al fin no ha de ser tan dificil revocar el acta del divorcio

El cardenal me tiene afecto, y es buena prueba de ello la prisa que se ha dado á complacerme. *(Coje los papeles, y saca una carta que quedó dentro del sobre.)* «Mi querido Marques: adjunto es el documento que con tanta instancia habeis solicitado. Podeis estar tranquilo sobre el particular, porque segun nuestras leyes, aquellos á quienes el divorcio ha separado una vez, por diferencia de relijion, no pueden jamas volver á reunirse.» *(Se detiene, y arruga la carta desesperadamente.)* Ah! jamas....Es la sentencia irrevocable....Pero mas vale lanzar del corazon una pasion naciente. *(Despues de una pausa vuelve la cabeza, y repara en Pietro que ha entrado haciendo mil cortesías.)* Ah, eres tú, Pietro.

ESCENA DUODECIMA.

FEDERICO.—PIETRO.

ietro, *(saludando.)* Vengo á daros le enhorabuena por vuestra boda, Monseñor.

ederico, *(ap.)* A buen tiempo llega.

ietro. Todo el mundo se ha alegrado al saberla. A fé que este no es, dicen, como esos liberales que solo lo son de palabras. Este ha empezado casándose con la hija de un artesano, para demostrar que quiere pertenecer al pueblo... y por eso gritan «viva el señor Marques y la señora Marquesa.»

derico, *(ap. sonriéndose con ironía.)* Escelente efecto vá á producir entónces el divorcio. *(Alto.)* Que es, pues, lo que deseas?

etro. Os diré, Monseñor. Estar en una prision no es cosa alegre, aunque uno sea el carcelero. De oir quejas y lágrimas á todas horas, se acaba por

ponérsele á uno el corazon encogido como un puño. Yo desearia un emplo, al aire libre: guardacostas, ó aduanero, por egemplo: una plaza en puertas ó en fronteras..: ¡Qué felicidad para mí que no dejaba antes salir á nadie, impedir ahora que entre todo el mundo.

Federico. Mas para obtener un empleo, se necesitan méritos...

Pietro. Vamos, esa será moda nueva. Pero si quereis saber cuales son los mios, recordad la esquelita que recibísteis ayer escrita con lápiz.

Federico. Como! fuístes tu quien esponia por mí su vida...

Pietro. Yo mismo... Ese es un rasgo muy propio de mí... Si no que callé mi nombre por modestia. Nada os pedí porque yo soy desinteresado. Me direis que tomé cinco mil ducados... pero yo no los tomé, sino Maria...

Federico. (*conmovido*) Cinco mil ducados por libertarme... y quien ha sido tan generoso?...

Pietro. Ese es un secreto que no os puedo revelar.

Federico. Ah! habla... Hazme conocer la única persona que se interesa por mí en el mundo.

Pietro. Os digo que no os lo puedo revelar...

Federico. Habla... lo ecsijo...

Pietro. No os lo puedo revelar...

Federico, (*impacientemente*) Todavia!...

Pietro. Porque no lo sé.

Federico. Ah... tu me engañas...

ESCENA DECIMATERCIA.

Dichos. MARIA, (*saliendo por la puerta de la derecha.*)

Federico, (*sin ver á Maria.*) Pero bien está... Por haberte dejado sobornar dormirás en un calabo

Maria, (*vivamente,*] Mi marido preso... Y por que motivo?

Pietro. Porque no sé quien nos dió los cinco mil ducados. Tu puedes decir...

Federivo, (*vivamente.*) Sí, tu debes saber...

Maria, (*sonriéndose.*) Segun y conforme. Si Monseñor tiene todavia sospechas de Ascanio....

Federico, (*impaciente.*) No, acabo de recibir una prueba de lo contrario.

Maria, (*confidencialmente.*) Yo lo creo. Como que la que hoy es vuestra esposa, hace mucho tiempo que os amaba.

Federico, (*fuera de sí.*) Que dices?

Maria. Ya veis si amaba yo á Pietro!.. Pues no le queria ni la tercera parte que ella á vos.

Pietro. (*ap.*) Ay Dios eterno.... Si eso era antes, que será despues. (*Alto.*) Señora esposa...

Maria. Eh, calla imbécil. Pues si ella estaba loca por el señor Marques.

Federico, (*gozosísimo.*) Será posible!

Maria. Mientras fuísteis rico y poderoso, devoró sus lágrimas en silencio; pero asi que os vió preso y desgraciado,... Jesus, creí que se moria de dolor... Me dió cinco mil ducados...

Federico. Con que fué ella...

Maria. Y solo me dió esa suma, porque no tenia mas.

Federico, (*á si mismo.*) Fué ella!..

Maria. Si la diéseis un disgusto se moriria sin quejarse. En eso no se parece á mí, (*mirando á Pietro*) pues si me los dieran, me habian de oir los sordos. (*Mirando á Federico que se dirige á la mesa.*) Qué tiene?

Federico, (*ap.*) Un fallo irrevocable!,. Separados para siempre!!...

Pietro. Le ha dado algo.

Maria. Está llorando... sin duda de alegría por lo que ha oido. (*Yendo hácia él.*) No es cierto que os complace lo que os digo?

Pietro. Si tal, tener una mugercita linda y hacendosa como la mia...

Maria. Que os adora...

Federico, (*sentado á la mesa, de mal humor.*) Está bien... dejadme. (*Ap.*) Ah... yo no la merecia. Ahora no querrá verme ni oirme. (*Alto*) Escucha, Maria... entra á decirla....

Maria. Podreis decírselo vos mismo, pues sale aquí

Federico, (*levantándose vivamente.*) Cielos!

ESCENA DECIMACUARTA.

Dichos, y REBECA, (*saliendo por la puerta de la izquierda, muy pausadamente; levanta, la vista al reparar en Federico, se dispone á irse precipitadamente. Federico se interpone, colocándose, delante de la puerta del foro, y Rebeca corre á refugiarse junto á Maria. Los actores están colocados por el órden siguiente. Pietro: Federico: Rebeca: Maria.*)

Rebeca, (*temblando.*) Qué me quereis, Monseñor!

Federico. Nada... ni implorar siquiera mi perdo solo sí, veros una vez siquiera.

Rebeca. (*con dignidad.*) No os comprendo.

Federico. Puedo yo comprender acaso lo que pa en mi corazon? Ayer no conocia yo el prec del tesoro que cedía á otro; mas hoy tal ve no me creereis Rebeca, pero os juro por madre que os digo la verdad... hoy, daria vida por ser amado de vos.

Rebeca, (*que le ha escuchado gozosísima*). Qué oig

María. (*ap.*) Entónces, que le falta?

Federico. Al pensar que yo mismo he roto los la de mi ventura... que ya no hay dicha posible p mí en el mundo. abandono estos lugares; y me patrío para siempre. Moriré lejos de vuestro lad

Para qué quiero ya la vida, sino puedo consagrárosla? A Dios, Rebeca. (*Vá á irse.*)

Rebeca. Federico... quedaos. *Federico vuelve.* (*Rebeca continua con su emocion.*) Con que me amais?

Federico. No tengo ni aun el derecho de decíroslo.

Rebeca. Y si yo pudiera con una sola palabra anular el acta de divorcio?

Federico (*cogiendo vivamente el documento que está sobre el velador.*) Qué quereis decir?

Rebeca, Leed vos mismo... allí (*señalando con el dedo.*)

Federico (*leyendo.*) «El casamiento contraido entre un católico y una judia, queda roto para siempre.»

Pietro y Maria dando un grito, y separándose de Federico y Rebeca.) Cielos!

Rebeca á Federico. Despues del dia en que vos y vuestro padre íbais á ser condenados por el tribunal de los opresores,... yo, que no tenia esperanza alguna de unirme á vos en esta vida, no podia continuar separada mas allá del sepulcro.... y, sin comunicárselo á nadie, ni á mi padre siquiera...

Federico. Y bien!...

Rebeca, (*con solemnidad.*) Abjuré mis creencias, y recibí el bautismo.

Federico (*dando un grito de alegría, y estrechándola contra su corazon.*) Ah... será posible... Tu, Rebeca, has entrado en el gremio de la iglesia... tu has abrazado mi creencia!...

Pietro, (*llorando*) Caramba, me alegro. Siempre dije que era lástima que fuese judia.

Maria, (*enjugándose los ojos.*) Que bien habeis hecho señorita. Nuestra religion es la verdadera...

Rebeca. Asi lo creo ya... *Estrechando contra su corazon á Federico.*) Ademas... es la tuya.

Federico. Vida mia!... Mi esposa!

Rebeca. Sí, tu esposa, que no se apartará un momento de tu lado, y que solo será feliz consagrándote su ecsistencia.

FIN.

PRECIO, 6 REALES.

Los derechos de propiedad para su representacion serán **100 rs.** en todos los teatros.

A los Sres. Empresarios que convenga su ejecucion, deberán dirijirse á sus editores, ó á los corponsales de estos, que son los siguientes:

Madrid.	Libreria *de Monier.*
Cádiz.	*de la Revista Médica.*
Granada.	*de Alonso y Compañia.*
Barcelona.	*de Saurí.*
Valencia.	*de Gimeno.*
Malaga.	*de Medina.*
Zaragoza.	*de Heredia.*
Córdoba.	*de Berard.*
Badajoz.	*de Carrillo.*

En dichas librerías hay depósito de ejemplares.